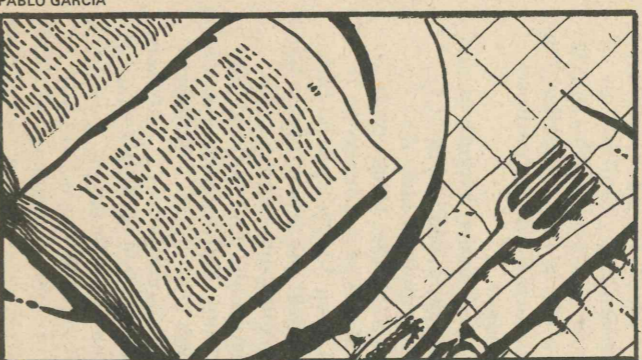


LO QUE HAY QUE OIR

El recomendador de libros

Francisco García Pérez

Estoy por hacerme imprimir unas tarjetas de visita en las que, debajo de mi nombre, figure una profesión que ejerzo hasta ahora, sin en realidad haberme dado cuenta de ello. El mundo cambia y es la de hoy una época de nuevas profesiones, de nuevas y crípticas titulaciones universitarias: es una época en que ya algunas voces claman para que en la FP se puedan cursar estudios de futbolista (podría llamarse «Modulo balompédico») —siguiendo así el lenguaje del diseño curricular base— y contemplar los grados de «Suplente», dos años, y «Titular», tres. Los «Contenidos Programáticos» irían desde la Revolución Francesa hasta prácticas de lanzamiento de tiros libres, desde las oraciones pasivas a los saques de banda, de las partes de un glaciar a los remates de cabeza. De ese modo, gozaríamos de futbolistas titulados y cultos que, ante una dura entrada de un contrario, no dirían esas palabrotas que se les ve decir por televisión; muy al contrario, afearían a su oponente con mesuradas palabras: «Buen mozo, si sigues así me vas a dejar los metacarpianos como si hubie-



PABLO GARCÍA

«Representante de libros», no tiene nada que ver. En un futuro «Manual de nuevas profesiones», el recomendador de libros se definiría como «aquel que atiende —en los más variados lugares, a cualquier hora y en las condiciones climatológicas que sean— a

alguno de sus congéneres en demanda de consejo sobre el libro que le recomiendo leer». Un bien público habríamos de ser los recomendadores de libros. Por el ejercicio de nuestra peligrosa profesión, percibiríamos unos honorarios con cargo a los Presupuestos Generales del Estado y poseeríamos un prestigio social del que hoy carecemos. No bromeo al tildar de «peligrosa» esta nueva profesión. El recomendador de libros ha de haber leído miles de ejemplares (o, al menos, aparentar haberlo hecho), ha de estar al tanto de todas, de absolutamente todas las novedades editoriales, ha de adoptar siempre y en todo lugar una actitud asenmelancólica, y aun así corre el riesgo de quedar como un sacamuelas.

Imaginemos la escena. El recomendador de libros revuelve cansinamente el azúcar del café en la barra del bar. Ve que se acerca un conocido. Al punto, el recomendador pone cara de hallarse recordando algunos versos del *Paraiso perdido* de Milton. Dice el conocido: « Hombre, a ti que te gusta leer: ¿qué libro me recomiendas? » El recomendador responde: « Dependes », e inicia un interrogatorio. ¿Para uno o varios fines de semana? ¿Para vacacio-

nes estivales, invernales o autumnales? ¿Para la primavera quizás? ¿Novela, ensayo, poesía o teatro? ¿Tocho o volumen ligero? ¿Novedad, valor consolidado, clásico? ¿Amor, intriga, actualidad, pasiones desenfrenadas, costumbrismo? Cuando ha obtenido respuesta a éstas y otras semejantes preguntas, el recomendador ya ha acotado terreno, pero llega el momento de máximo riesgo. El conocido aventura: « Habrás leído *Segismundo* y *los trenes de cercanías*. A mí me gustó mucho. Quería algo así ». Es entonces cuando el recomendador ha de hacer gala de sus reflejos y comentar sin un parpadeo: « Ah, sí. *Segismundo* y *los trenes de cercanías*. Ya. Gran libro. Con esta memoria mía no recuerdo bien el argumento. ¿Cómo era? » Porque el recomendador no ha leído los problemas ferroviarios de Segismundo ni, sin duda, las extraviagancias que leen los que habitualmente no leen.

Hay otro problema añadido, otro riesgo fatal. El libro que el recomendador aconseja suele no gustar. No sé qué ocurre, pero suele no gustar. De ese modo, pierde en seguida su prestigio social. « No me ha gustado nada esa novela de Millás que me recomendarste », le reprocha el conocido. O aún más grave: « Así que

Las edades de Lulú, ¿eh? ¿Por quién me has tomado? ¿Por un reprimido? » Si a esto añadimos que el conocido no para mientes a la hora de pedir consejo, y le da igual que el recomendador esté enfático, acompañado, en solitud meditativa, pagando una multa de tráfico o saliendo de un velatorio, concluiremos que es azarosa y cruel la vida del recomendador de libros, y que los beneficios que hoy por hoy se obtienen de ella en nada compensan los trabajos que conlleva.

Así que, como las circunstancias de la vida me están llevando a recomendar libros hasta a extraños que vienen recomendados por conocidos, pido a quien corresponda que se me compense económicamente y que se cree un status de recomendadores de libros para luchar contra el intrusismo profesional de tanto aficionado que hay por ahí. Si no se atienden mis justas reclamaciones, estoy por pasarme al bando de los «desrecomendadores de libros». Es broma, sí. Pero, ¿quieren que les cuente de verdad las consultas que en una semana y gratuitamente atiende alguien a quien los demás consideran recomendador de libros? Otro día lo haré, porque ahora se acerca un conocido y ya viene sonriendo para que le recomiende un libro.



NOVEDADES

Miguel Ángel Riera, premio Josep Pla de narrativa catalana por *Illa Flaubert* nos presenta ahora una colección de catorce relatos en los que, apoyado en la innegable calidad de su rico y su gerente lenguaje, nos hace transitar por los caminos de los fantásticos y lo inverosímil. El viaje de Riera es de ida y vuelta. Unas veces toma su raíz en lo cotidiano para alejarse hacia los terrenos más ajenos a la lógica de la realidad, y otras inicia su andadura sobre la base de presupuestos fantásticos que recubre de los detalles más verosímiles y realistas. Hiedras que aniquilan casas, prolijas convivencias con los muertos o criaderos de centauros con fines crematísticos corren por las páginas de esta obra en la que además del humor, la palabra domada por Riera se impone con la más absoluta solidez.

«La rara anatomía del centauro». Miguel Ángel Riera. Ed. Destino. 1991. 225 págs.



Jürg Federspiel (Zurich, 1931) es un autor cuya obra ha conocido difusión internacional. Esta su última narración tiene forma de leyenda y fondo de sátira sutil dominada por la ironía. Es la historia de Primo Antonio Robusti, hombre inmensamente rico y prendado hasta extremos patológicos de sus riquezas, que un día cae enamorado de la joven Laura Granati en cuyas curvas perfectas hace tatuar los dos hemisferios. Preocupado por los resfriados, Robusti es insaciable colaborador de todas cuantas investigaciones tengan que ver con el mal que teme. Aburrido en su esplendor tiende trampas a las ratas y, tras contemplar cómo se asfixian, las momifica reproduciendo su último estor. Una reflexión sugerente sobre los absurdos de la riqueza y la banalidad de la cultura y las artes en un mundo donde «lo más profundo es la piel».

«La geografía del deseo». Jürg Federspiel. Ed. Alianza. 1991. 162 págs.



Felipe Alfau (Barcelona, 1902) vive en Nueva York desde la primera guerra mundial y en 1929 adoptó el inglés como lengua literaria. Olvidado durante largos años, volvió al primer plano de la actualidad con la reciente reedición de *Locos*, a la que tan buena acogida ha dispensado la crítica. *Cromos* (1948) permaneció inédita hasta 1990 y ha sido finalista del Premio Nacional del Libro estadounidense. Situada en Nueva York, recoge en su integridad a los personajes de su primera novela, aunque es totalmente independiente de esta tanto en los contenidos como en la forma literaria. Narrada en dos planos, el de la vida cotidiana en Manhattan y el de una España de ópera en la que se desarrollan los personajes de papel, la obra, que en nada desmerece a la primera, confirma a Alfau como un ex-trato talento reencuentrado.

«Cromos». Felipe Alfau. Ed. Seix Barral. 1991. 319 págs.



Henri Béraud (1885-1958) trabajó largos años como periodista y sus esfuerzos en el campo de la novela fueron recompensados en 1922 con el siempre discutido premio Goncourt por *El martirio del obrero*. Menos suerte tuvo con su dedicación a las hojas de los periódicos, fundamentalmente en el ultraderechista *Gingoire*, que le valieron la detención por colaboración con la Gestapo en 1944. Esta obra responde con exactitud a su título, pues su protagonista se debate entre el orgullo del quintal que desplaza y la burla generalizada a la que le someten sus conciudadanos. Tan dolorosa pugna se hará aún más completa con la llegada del amor. Gimnasio, saunas y todo tipo de torturas para mantener una línea imposible aderezan una narración, siempre lúcida, que en ocasiones vira a la crueldad. Obra recomendable para un adecuado desarrollo maxilar.

«El martirio del obrero». Henri Béraud. Ed. Versal. 1991. 150 págs.



Los Cuadernos del Norte nos presentan con su acostumbrado retraso los números 57, 58 y 59, correspondientes al periodo Septiembre-Noviembre de 1990, que les sirven para celebrar su décimo aniversario. Bajo el título de «Diez años de Cuadernos, diez años de cultura», artículos de Vattimo, Eco, Virilio, Arosio, Calabrese, Ferraris y Bonito-Oliva que nos proponen «Ideas para salir del milenio». Además, dos homenajes, uno a Orlando Pelayo y otro al desaparecido José Doval, colaborador de este suplemento desde su fundación. Jaime Herrero, Jorge Ordaz, Fernando Fonseca y Luis Álvarez honran su memoria, en un acto que se completa con la publicación de tres textos del propio Doval. A destacar un índice onomástico que resume la década de existencia de la publicación.

«Los Cuadernos del Norte». Revista cultural de la Caja de Ahorros de Asturias. Septiembre-Octubre-Noviembre 1990. 800 pesetas.